

LA CARTA SIN DESTINATARIO

22/05/1937

Querida Carmen:

Al fin nos han permitido escribir alguna carta y espero que te sea entregada. Me encantaría recibir una respuesta para saber de ti, de María y de Gabriel, que deben de haber crecido mucho desde que me fui.

Aquí en el bando republicano todos los días son iguales. Nos despertamos muy temprano y, con algo de suerte, encontramos alguna cosa con la que llenar nuestros vacíos estómagos al ser la falta de provisiones un grave problema. Después hacemos lo que toque ese día, algunos de ellos amanecemos con suerte y no escuchamos disparo alguno. Pero otros son terribles al combatir contra los sublevados, ver como nuestra única familia aquí, los amigos, son heridos, escondernos detrás de trincheras y enfrentarnos con la realidad de que mañana alguno de nosotros puede morir. No me gusta atacar a personas que han nacido en el mismo lugar que yo, pero solo de esta manera conseguiremos ganar esta guerra y estaré cada vez más cerca de llegar a casa y reunirme con todos vosotros y aunque intuyo que tardará en llegar, no hay que perder la esperanza. Además espero que me den un permiso para abandonar mi puesto durante unos días y así tener la oportunidad de volver a casa por Navidad.

No debes preocuparte por mí, sé que todo esto suena muy mal, pero son nuestros hijos los que te necesitan, yo ya intentaré salir de ésta, porque cada vez que veo amanecer un nuevo día, es como un pequeña victoria y porque cada vez que pienso en un buen recuerdo me animo a seguir adelante. Ni arribas España ni no pasarán, lo único que me mantiene con vida durante las guardias, los disparos y el hambre, sois vosotros

Con todo el cariño del mundo

José

14/03/1979

En los últimos tiempos, las cosas habían cambiado demasiado, desde la muerte del general Francisco Franco, llevándose consigo la dictadura que impuso en España hasta el 20 de noviembre de 1975, hasta el establecimiento de la monarquía parlamentaria, la transición a la democracia y la aparición de la Constitución española. En todo esto, Celia estuvo presente. Celia, de 25 años y pelo oscuro, largo y rizado y ojos verdes vivía en Madrid en una pequeña casa situada a las afueras y aunque ella no lo supiera, su vida estaba a punto de cambiar ese mismo día.

Al salir de la pequeña peluquería en la que trabajaba, Celia se dirigió hacia su casa. La tarde era soleada aunque fría por lo que no se entretuvo mucho, se avecinaba un fin de semana perfecto y no quería desaprovecharlo. Llegó a su portal y sacó sus llaves para abrir la puerta, no sin antes recoger el correo de aquel día, cuatro cartas. Las cartas, la mejor manera de comunicarse desde cualquier parte del mundo, en cuyas líneas podían contener las mayores alegrías y las mayores fatalidades, pero en esta ocasión las cartas que Celia tenía en la mano se resumían en publicidad y facturas. El resto de la tarde fue como un viernes cualquiera, hasta que a eso de las ocho de la tarde alguien llamó a su puerta. Algo extrañada, Celia fue hacia la entrada y al abrir la puerta, un hombre de mediana edad y ataviado con un uniforme de policía nacional comenzó a hablar.

-Buenas tardes, ¿es aquí donde vive Celia Montero?

-Sí, soy yo- contestó Celia

-Le voy a pedir que desaloje el piso un momento, no hay tiempo para dar explicaciones.

Reúnase al final de la calle con sus vecinos y les contarán qué está ocurriendo.

Sin pronunciar ni una palabra, Celia siguió las instrucciones y llegó junto a sus vecinos de las casas que estaban situadas al lado de la suya. De repente otro policía apareció del interior de

un coche y se colocó en frente de todos ellos.

–Antes de nada debería pedirles que no pierdan la calma con lo que voy a decirles a continuación. Acabamos de encontrar una bomba de la Guerra Civil justo ahí- señaló con el dedo hacia una zona rodeada de vallas.

La gente comenzó a ponerse muy nerviosa y estalló un murmullo de voces aterrorizadas.

-¡Guarden silencio por favor!- gritó aquel policía- El problema es que la bomba no ha estallado todavía pero puede hacerlo en cualquier momento y más aún si la movemos de un lado para otro. Además saben bien que al ser una zona situada en las afueras de la ciudad, existe un mayor riesgo de encontrar restos de la Guerra Civil ya que hace unos años esta zona no estaba habitada y la utilizaban los militares y demás componentes del ejército para entrenar. Lo más posible es que los adversarios tuvieran como objetivo hacer estallar todo el material que estuviera aquí resguardado. Así que sintiéndolo mucho, deben abandonar sus respectivas viviendas hasta que sepamos lo que vamos a hacer con la bomba. Es por su propia seguridad. Les dejamos una hora para que hagan su equipaje solo con las cosas imprescindibles y encuentren un lugar en el que pasar la noche.

Al finalizar el discurso, todo se convirtió en un caos, algunas familias se dirigían a los policías para solventar dudas, otras personas corrían hacia sus casas desesperados con la intención de llamar a medio listín telefónico para difundir la noticia, otras personas estaban preocupadas por donde iban a pasar la noche... y en medio de todo aquel caos y desorden, Celia, increíblemente tranquila, caminaba hacia su casa con la idea de llamar a su padre y pasar algunos días con él, al fin y al cabo, no le iría mal algo de compañía.

Tras una llamada a su padre, Celia sacó su maleta de piel marrón del armario y comenzó a llenarla con todo lo necesario para dos semanas fuera de casa. Encendió la radio solo por curiosidad y, como ya había intuido, toda España se había enterado de lo que había pasado en Madrid, en la Calle Robles y ni más ni menos que a diez metros de su casa. Una vez

consiguió cerrar la maleta avanzó por el pasillo y echó una última mirada a su hogar antes de desaparecer por la puerta. Tras ella avanzaba su maleta que antes de salir al exterior con Celia, una de sus ruedas dio un golpe seco al rodapiés de mármol provocando que uno de sus trozos cayera al suelo. Celia soltó un bufido y se agachó para recoger lo que se había desprendido cuando vio algo que la desencajó por completo. En lo que debería ser la pared donde se suponía que iba pegado el rodapiés, se hallaba un pequeño hueco. Celia se asomó para ver lo que era y observó que al fondo del todo había un sobre. Estiró la mano y alcanzó lo que parecía ser una carta sin abrir de aspecto envejecido, amarillento y cubierta por una marea de polvo. A Celia le picó la curiosidad, la carta iba dirigida a una tal Carmen Romero Valdés que habitaba en la calle Guardia número veintidós de la ciudad de Zaragoza. Celia abrió la carta y fue la fecha en la que se escribió lo que más le impactó: 22/05/1937, en plena Guerra Civil, al igual que se habían encontrado bombas, ella había encontrado una carta. Sin duda alguna rompió el sobre y comenzó a leerla en voz baja. La carta hablaba sobre lo que un hombre le decía a su mujer, le preguntaba por cómo estaban sus hijos, María y Gabriel, lo que él vivía y lo dura que era la Guerra y sobretodo, hablaba de las ganas que tenía de volver a casa. Celia reflexionó sobre esas palabras y cayó en la cuenta de que Carmen nunca habría llegado a recibir esa carta. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el policía que, de nuevo entraba por la puerta abierta de su casa esta vez para avisarle de que solo quedaban cinco minutos para desalojar las viviendas, Celia metió rápidamente la carta en el sobre y se lo guardó en el bolsillo.

La casa de Joaquín, el padre de Celia, estaba situada en el centro, por lo que Celia vio conveniente contratar un servicio de taxi. Al llegar a un alto bloque de pisos Celia bajó del coche y llamó al timbre. Cuando llegó al tercer piso, un hombre de pelo blanco y de aspecto envejecido la estaba esperando en la puerta de su casa.

-¡Papá!- dijo Celia

-¡Hola Celia!- contestó Joaquín

Ambos se dieron un fuerte abrazo y pasaron al interior de la casa. La casa de Joaquín era muy pequeña, tenía dos dormitorios, un baño, una cocina y una sala de estar. Celia lo podía llegar a entender, desde que murió su madre, hacía cinco años, su padre se sentía demasiado solo en una casa tan grande y consideraron que en una casa más pequeña Joaquín estaría mejor.

Pasaron a la

sala de estar y padre e hija mantuvieron una larga conversación hasta que Celia se acordó de la carta que tenía en el bolsillo.

– Papá

¿recuerdas algo de la Guerra Civil?- preguntó Celia

Su

padre se quedó pensativo durante un momento y respondió

-Me acuerdo de muy pocas cosas, yo tenía catorce años, era demasiado pequeño como para tener relación alguna con la Guerra, lo que si recuerdo es que fueron los peores años de mi vida. Supongo que ya te habré contado que mi padre sí que participó en la Guerra, pero solo durante un corto periodo de tiempo porque le alcanzaron con una bala en el brazo y pudo abandonar su puesto.

– ¿Y los padres de mamá?- volvió a preguntar Celia

- Ya sabes que sobre los padres de tu madre no sé mucho...solo he llegado a hablar con ellos una vez, cuando tu madre me los presentó y no creas que lo primero de lo que hablan dos personas al conocerse es sobre cómo vivieron ellos la Guerra Civil.

Celia nunca había conocido a sus abuelos maternos. Cuando era pequeña su madre nunca quería hablar respecto al tema, pero años después dejó de soportar que su madre no quisiera contarle nada de sus abuelos y fue entonces cuando decidió contarle a su hija la verdad. Cuando la madre de Celia tenía veintitrés años, ella y su madre tuvieron una gran discusión, después de esto decidió independizarse, mudarse a Madrid ya que anteriormente vivía en Zaragoza y empezar una nueva vida lejos de lo que había sido su hogar de la

infancia, lo que implicaría no volver a ver a su madre nunca más. Conoció a Joaquín, se casaron y tuvieron a Celia. Años después la madre de Celia murió a causa de una extraña enfermedad a la que no habían encontrado cura.

Celia de repente se sintió muy cansada, como si el hecho de recordar aquella historia la agotara y decidió irse a dormir, dio las buenas noches a su padre y se dirigió a lo que sería su habitación durante un tiempo indefinido. Esa noche Celia no durmió muy bien, pensaba en la historia de José y Carmen junto a sus hijos Gabriel y María y en cómo habría terminado, tal vez la carta que Celia tenía entre las manos significara mucho más de lo que ella podía imaginar. Al fin, cuando logró quedarse dormida, una frase quedó grabada en su mente: “tengo que entregar esa carta”.

Al día siguiente Celia se despertó tarde, se vistió y fue a desayunar junto a su padre. Le contó todo lo que había pasado el día anterior y la intención que tenía de encontrar a la destinataria de la carta, Joaquín pensó que su hija estaba loca pero por otro lado conocía lo que era no saber nada de tu familia en tiempos de guerra y, además, su hija ya era demasiado mayor como para impedir que hiciera algo

–Aquí te estaré esperando cuando regreses- dijo Joaquín con una sonrisa.

Celia le dio un abrazo y preparó una mochila con pocas cosas, solo iba a estar fuera el fin de semana. Se despidió de su padre y se acercó a la estación de tren más cercana, el próximo tren a Zaragoza salía dentro de veinte minutos, aunque el viaje fue mucho más largo, casi cinco horas y media de trayecto en el que Celia cada vez se desesperaba más. Cuando llegó a la ciudad, la primera impresión que tuvo de ésta fue que era una ciudad bonita aunque no se parecía mucho a Madrid, era mucho más pequeña y estaba algo menos industrializada. Comenzó con la búsqueda de la calle Guardia preguntando en una tienda próxima de la estación y con suerte se encontraba muy cerca de ella. Aunque tuvo que preguntar a dos personas más para aclararse del todo, Celia acabó en una calle con varios pisos y comercios

que sin duda habían aparecido después de la Guerra. Avanzó varios metros hasta llegar a una casa con el número veintidós encima de la puerta. Era una casa de aspecto envejecido con pintura desconchada en las paredes que estaba situada entre dos altos bloques de pisos. La fachada de la casa no hacía más que confirmar que aquel podía ser el hogar de Carmen. Celia llamó a la puerta y muy a su pesar no contestó nadie, lo más seguro es que la casa estuviera abandonada así que lo más apropiado sería darse la vuelta y seguir buscando o regresar a Madrid. Justo antes de marcharse, la puerta principal se abrió y una señora de unos ochenta años apareció desde el interior. "Ya está, la he encontrado" pensó Celia.

—Hola, buenos días ¿es usted Carmen Romero? Porque de ser así tengo una carta que le pertenece- dijo mientras sacaba la carta de su bolsillo.

—Perdona, siento decepcionarte pero yo no soy Carmen Romero- dijo aquella señora.

A Celia se le rompieron todos los esquemas ¿cómo iba a saber de quién era la carta?

-Pero yo esta casa la compré hace poco tiempo y antes de que yo viniera a vivir aquí, vivía una señora bastante mayor, aunque tampoco recuerdo su nombre.

Celia recuperó la sonrisa que había perdido y sintió como aumentaba su energía de nuevo.

—No importa el nombre, creo que eso ya lo sé, lo que me gustaría saber es dónde puedo encontrarla- dijo Celia

-Me temo que no sé exactamente el lugar en el que vive, pero sé el lugar donde la puedes encontrar- miró al reloj —Lo más seguro es que a estas horas la encuentres en la cafetería de la esquina. Es más o menos de mi edad, tiene el pelo oscuro y corto y suele llevar unas gafas cuadradas, espero que con esa información sepas encontrarla- dijo la señora con una gran sonrisa.

Celia agradeció la ayuda y se despidió de la persona que había creído en un principio que era Carmen Romero. Después comenzó a caminar hasta el final de la calle donde el camino se dividían en dos y justo en ese cruce, se encontraba una cafetería bastante pequeña pero llena

de gente. Celia entró y enseguida se vio inundada por el acogedor ambiente del bar aunque sin entretenérse demasiado, tuvo que empezar a buscar a Carmen. Tampoco fue una tarea complicada, estaba sentada en una mesa al lado de la ventana y leía un periódico, Celia se acercó y se sentó en una silla en frente de ella. La mujer bajó el periódico y Celia comenzó a hablar.

-¿Es usted Carmen?

-Sí, soy yo- contestó Carmen un poco confusa

-Tengo algo para usted- dijo Celia mientras sacaba la carta del bolsillo y se la entregaba a Carmen.

Carmen cogió la carta y la leyó mientras Celia sentía que su misión había terminado...pero no era así.

-¿Quién es José?- Preguntó la mujer extrañada.

Celia se desencajó por completo

-José es su marido ¿no?- preguntó Celia impaciente.

-No, mi marido se llama Manuel- contestó de nuevo Carmen

- ¿Está segura?- volvió a preguntar Celia con un pulso excesivamente acelerado.

- ¿Cómo no voy a estar segura?- contestó perpleja la mujer.

- Y usted tampoco se llama Carmen Romero Valdés ¿no?- dijo desanimada la chica.

-No, pero oiga ¿quién es usted?- preguntó Carmen de apellido desconocido.

-Me llamo Celia y ayer encontré la carta que usted tiene, escondida en un rincón de mi casa y, puede parecer una tontería, pero quise encontrar a su destinataria y darle lo que le pertenece, no sé, siento que sería injusto si no lo hiciera, cuando llegué aquí a Zaragoza fui a la dirección que aparecía en la carta y cuando hablé con la señora que vivía en aquella casa, me dijo que ella no era Carmen pero que usted vivió en esta casa hace años y que podría ser la Carmen que yo estaba buscando.

Tras un momento en el que hubo silencio, Carmen dijo:

-Pierdes el tiempo ¿sabes la cantidad de cartas que se perdieron durante la Guerra?

¿Sabes la cantidad de gente que no recibió carta alguna? Y ¿crees de verdad que entregando una carta a una persona en particular que ni siquiera sabes si sigue viva y que tampoco sabes dónde vive vas a mejorar algo?

Las palabras para Celia fueron como si le arrojaran un jarro de agua fría y lo peor de todo fue que por una parte sabía que tenía razón, por lo que no hizo otra cosa que levantarse, darle las gracias a aquella mujer por atenderla e irse por la misma puerta por la que acababa de entrar con una mentalidad totalmente contraria con la que iba a salir. Se sentó en un banco cercano a la cafetería y meditó sobre lo que iba a hacer ¿iba a seguir buscando a Carmen Romero o regresaría Madrid dejando el asunto de la carta sin cerrar?

¿De qué serviría encontrar a la destinataria? ¿Para sentir una leve satisfacción personal?

Después de todas estas razones, Celia decidió que ya era hora de regresar a casa, no podía hacer nada más y tampoco tenía intención alguna. Empezó a caminar hacia la estación de tren para coger el primer billete que la llevara a Madrid de nuevo, cuando llegó a la estación, una mujer de mediana edad le informó de que el próximo tren saldría dentro de dos horas “no he tenido tanta suerte como en el primer viaje” pensó Celia. Aun así compró el billete. Decidió que sería buena idea descansar un poco y desde luego si estaba de pie, no la ayudaría. Visualizó un banco donde más tarde, sin quererlo, se quedaría dormida.

Un aviso para los pasajeros del siguiente tren a Madrid despertó a Celia que miró apresuradamente el reloj... ese era su tren. Cogió su mochila y comenzó a correr hacia el tren que ya partía, hasta que lo perdió de vista. Muy a su pesar tendría que coger otro billete.

Delante de Celia en la fila para coger los billetes, había una mujer bastante anciana que de no haber sido en las circunstancias en las que Celia se hallaba, habría pensado que se trataba de Carmen...

-¿A qué hora sale el próximo tren a Barcelona?- preguntó

-A las siete y cuarto hay uno- contestó la funcionaria que había atendido a Celia anteriormente.

-Deme un billete por favor- pidió

-¿Me puede dar su nombre?-

-Claro, Carmen Romero Valdés.

Celia sintió una mezcla de alegría, sorpresa y confusión, y cuando quiso darse cuenta, Carmen, ya estaba caminando para coger el tren hacia Barcelona. Celia salió de la fila y caminó hasta alcanzar a la definitiva Carmen Romero Valdés. No obstante decidió asegurarse antes de nada, había aprendido demasiado durante ese viaje.

-¿Es usted Carmen Romero Valdés verdad?- preguntó la chica.

-Sí, soy yo- contestó la mujer con una sonrisa.

-Al fin. Tengo algo que le pertenece- Celia le entregó la carta a Carmen.

Parecía que aquella mujer releía la carta una vez tras otra hasta que se llevó una mano hacia el ojo. “¿estaba llorando?”

-José era un buen marido- comenzó diciendo Carmen –No fue justo para nadie que falleciera en la guerra, creo que esta carta es lo único que me queda de él.- Carmen miró a Celia- Me encantaría invitarte a algo en agradecimiento.

-Pero perderá su tren, respondió Celia.

-Trenes hay muchos, pero solo existe una carta como esta. Merece la pena invertir el tiempo

en hablar sobre ella. Por cierto ¿cómo has dicho que te llamabas?- Preguntó Carmen.

–Celia Montero. Vivo en Madrid y encontré su carta escondida en un hueco que había en la pared de mi casa.

-¿Y has venido hasta Zaragoza solo para entregarme la carta?

-Sí, bueno pensé que merecía la pena. Además mi madre vivía aquí por lo que siempre he querido conocerla.-contestó Celia.

Como si no escuchara, Carmen comenzó a hablar de nuevo.

–Cuando murió José fueron los peores años de mi vida. Yo estaba sola y tenía que cuidar a un niño de tres años y a una niña de cinco, aunque hoy en día solo mantengo relación con Gabriel, a María no la veo desde hace unos treinta años, ella y yo tuvimos una discusión...y no hemos vuelto a vernos ni hablarnos desde entonces. No sé dónde vive, ni se si se ha casado...ni siquiera sé si soy abuela.

Solo entonces Celia se dio cuenta de algo... su madre se llamaba María Abellán Romero, había tenido una discusión con su madre que había provocado que no se vieran desde hace treinta años. Vivía en Zaragoza, lugar a donde se enviaba la carta y...tenía los mismos ojos que Carmen.

–Eres mi abuela- dijo Celia pensando en voz alta.

-¿Perdona?- preguntó Carmen confusa.

–Sí...mi madre se llamaba María Abellán Romero ¿no era ese el nombre de su hija?

-Sí... ¿pero cómo estás tan segura?- preguntó Carmen con lágrimas en los ojos.

–Hay demasiadas coincidencias- contestó Celia.

No hicieron falta más palabras, ambas se fundieron en un gran abrazo que decía todo lo que había que decir. Finalmente Carmen habló.

-¿Y mi hija? ¿Cómo está?

Celia no sabía qué decir, sabía lo doloroso que era comunicar que un pariente muy cercano

había muerto... pero no había otra opción.

—Mi madre...murió hace cinco años a causa de una extraña enfermedad- Terminó diciendo Celia.

La chica pudo ver el horror en la cara de su abuela, sin embargo, durante treinta años había sido como si la una hubiera fallecido para la otra. Dejó unos minutos a Carmen para que asimilase la noticia hasta que finalmente dijo:

-Tengo que ir a verla.

El viaje de vuelta a Madrid en compañía de Carmen fue diferente a como Celia lo había imaginado. Nada más llegar a la estación acudieron al cementerio donde se encontraba la madre de Celia y la chica pensó que sería oportuno dejar a Carmen sola unos momentos. Más tarde fueron a casa del padre de Celia, le contaron todo lo que había pasado y por segunda vez en su vida Joaquín habló con la madre de su mujer.

Celia sabía que todo aquello no terminaba ahí, más tarde conocería a Gabriel, su tío, su abuela volvería a Zaragoza y Celia la iría a visitar todos los fines de semana, mientras tanto se enviaban cartas. Celia regresaría a su casa al haberse encargado el Cuerpo Nacional de Policía de la bomba, pero sobretodo Celia agradecería su propio optimismo y positividad, agradecería que su abuelo hubiera escrito esa carta, que su casa se hubiese encontrado en una zona donde era normal encontrarse bombas y cartas de la Guerra Civil y, en general, agradecería a todo el conjunto de maravillosas coincidencias que habían hecho posible que su vida cambiara de la noche a la mañana.